

# p.á gias 60 nas

AÑO 2012

BOLETÍN DEL ÁREA DE EDUCACIÓN



universidadpopularpalencia



## SUMARIO

ANDRÉS NEUMAN. El huésped de sí mismo.

JURADO.

PRIMER PREMIO.

PREMIO UNIVERSIDADES POPULARES.

ACCÉSIT.

RELATOS FINALISTAS.



Andrés Neuman es entrevistado por Radio Colores (Palencia, 1 de junio 2012)

## EL HUÉSPED DE SÍ MISMO

Contemplar o habitar: ¿debo elegir?  
¿Cómo ser ese otro simultáneo  
que observa su quietud mientras fabula  
movimientos felices?

Aquí libero un nudo,  
allá cierro los ojos:  
conozco algunas puertas  
que pueden inventar habitaciones.  
Bienvenido; soy yo; me dejo entrar.  
Quisiera recibirme  
con la sorpresa del desconocido.

Benditos quienes hacen  
del instante una casa  
donde estar y venir y abandonarla  
es un mismo lugar.

En la estación del verbo  
el frío es muy capaz de dar abrigo,  
no hay clima regular ni predicciones.

Tan solo un cielo llano  
que mientras tiembla y cambia  
atrapa mi atención, le da maneras.

Si cuando nombre el hielo me graniza  
buscaré la intemperie aunque tire.  
Y si estos copos caen para ser traducidos  
entonces que desaten la tormenta,  
que empiece el vendaval y rompa noches.

Andrés Neuman. Moradas.  
Década (Poesía 1997 – 2007)

Escritor con el que compartimos este año el Día del Libro



Ayuntamiento de Palencia

Concejalía de Familia y Mujer





## Concurso de Relatos Hiperbreves 23 de Abril

### **Jurado**

**Cándido Abril**  
Director UPP

**Luisa Tejedor**  
Delegada Participantes UPP

**Eva Zarzuelo**  
Participante UPP

**Pilar Amor**  
Participante UPP

A continuación presentamos los relatos premiados y seleccionados en el XI Certamen del Concurso que la Universidad Popular de Palencia convoca con ocasión de la Celebración del Día del Libro. Queremos agradecer desde estas páginas la participación de todos aquellos que han dedicado una parte de su valioso y siempre escaso tiempo en estos trabajos que ahora sirven para el deleite de todos cuantos tengan la oportunidad de leer esta publicación

## Primer Premio

### RESTOS DE MAREA

Llegó a primera hora, con las luces aún frías del amanecer. Ocupó un lugar privilegiado en la orilla, adelantándose al encargado de las hamacas y antes de que los bañistas atestaran la playa con sombrillas y toallas. Estaba completamente desnuda y tan sólo adornaban sus tobillos dos pulseras de carey. Tendida sobre la arena era increíblemente hermosa. El agua llegaba mansa hasta su cuerpo, perfilaba su contorno con la dulzura de un enamorado y se alejaba una y otra vez, recubriendo de humedad la silueta seca, salando cada pliegue. Su piel era de aceite oscuro, lastimada con algunos cortes por las aristas del acantilado, y su pelo aún más nocturno, con pequeños mejillones incrustados entre los rizos. Una pompa de aire reventó en el interior de su boca exhalando el aliento retenido, su último suspiro de ahogada. Pero ya entonces la playa había enmudecido en un silencio de funeral. Los rayos aún tibios del sol apenas conseguían figurar un paisaje en blanco y negro, una pincelada en sepia como en las fotografías antiguas, aquellas en las que posan los muertos su última estampa. El mar entregaba a la costa lo que no le pertenecía, al fin carnaza para las ávidas gaviotas, para las algas, para las pinzas minuciosas de las nécoras. Era la primera vez en toda su vida que estaba en una playa. Se llamaba Aisha, era marroquí y tenía veinte años.

Iñaki Túrnez García

## Premio Universidades Populares

### LA FUGACIDAD DE LOS ADJETIVOS POSESIVOS

Por los determinantes posesivos, solo siento decepción, y sino que le pregunten a mi padre, cuando con la euforia del ganador, nos describía su despacho de director: Mi despacho tiene, mi despacho es, mi despacho... Su despacho ya no le pertenece, la empresa para la que trabaja, ha decidido que él y sus escasas pertenencias, pasen la jornada frente a una mesa, rodeado de otras mesas, que ocupan otras personas, de las que no sabe ni tan siquiera su nombre.

Ahora nuestra casa está adornada con un inmenso cartel donde dice: SE VENDE. Cuando le pregunté a mamá por qué, muy resuelta me contestó, que esta casa es demasiado grande y que a ella le falta tiempo para limpiarla. ¡Pobre mamá! Con las veces que ha dicho que las paredes de esta casa están decoradas con sus más dulces recuerdos. Esta desposesión le arrancará media vida.

Y quién le iba a decir a D<sup>a</sup> Fe, la vecina del primero, que cuando metió en su casa a Salomé, con la intención de que le ayudase con las tareas domésticas, solo saldría de ella llevándose consigo su más preciado trofeo. Digo esto, porque cada vez que esta mujer abría su boca, de ella solo salían un sin fin de alabanzas, colocando a Don Ramón, su marido, en esa galaxia donde reinan los que son casi como dioses.

Mientras Isabel leía, el trabajo que su hijo había preparado para la clase de lengua, en su interior se libraba una lucha de sentimientos; por un lado la decepción y la amargura del descubrimiento, y por otro, la paz que invade la confesión. ¿Cómo pudo haber pensado, que con la edad que ahora tenía su hijo, ella podía barnizarlo todo a su antojo, y dejarlo al margen de toda clase de preocupación? Con la punta del delantal limpió sus lágrimas y se apresuró a buscarlo, tenía que hablar con él, porque una cosa es que él conociese la delicada situación familiar y otra muy distinta es que la pregona a ante toda su clase.

Herminia Bécares Álvarez

## Accésit

### GALERIAS PARADISE

En las postrimerías de la tarde, el ruido del tráfico, el parpadeo de los semáforos, el abigarrado trasiego de la gente, la música y el reclamo luminoso de los rótulos comerciales, atestiguaban la “hora punta” en un barrio elegante de la ciudad.

A la entrada de las “Galerías Paradise”, una escultural señorita, con atrevido atuendo, casi provocativo, repartía su propaganda multicolor.

Cerca, en la amplia acera, aquel matrimonio revisaba el contenido de sus bolsas, apoyadas en un banco: unos plátanos muy pintones, pan de molde, una bandeja de tomates, dos paquetes de salchichas Frankfurt, un brik de vino, una bolsa de bollicaos, algunas naranjas... y poco más.

De pronto un niño asomó la cabeza diciendo: -mira, ¡de fresa! – y mostró un pack de yogures abollado pero, supongo, de su sabor preferido. El padre le aupó sacándole del contenedor, cogieron su variopinta mercadería de desecho y de cumplidas caducidades e iniciaron la marcha hacia... quién sabe qué destino.

Al pasar delante de la guapa repartidora, el chiquillo se adelantó alargando su mano con gesto de acostumbrada petición, en demanda de una de las octavillas: - Dame una de color rosa – dijo. Ella estuvo a punto de complacerle pero en un acto de reflejo instantáneo, las escondió a la espalda y acariciando aquel pelo hirsuto y desaliñado, respondió: -Lo siento, hijo, esto es sólo para las personas... mayores. Luego, con ademán contrariado, rayano con la rabia, arrojó los pasquines en una papelera cercana. Un regate de viento permitió que uno quedase sobre el asfalto exhibiendo su mensaje:

“Consigue un cuerpo 10 siguiendo una dieta rica y equilibrada –Sin pasar hambre – Tratamiento individualizado – “CENTRO DIETÉTICO PARADISE”.

Y abandonó las famosas Galerías, cuyo enorme luminoso lucía también en color rosa... como los yogures de fresa.

Luis Antonio Gutiérrez Pérez

## Relatos Seleccionados

### MI HERMANO

Sentir a mi hermano tras mis pasos siempre me produjo escalofríos. Esta vez no supe poner distancia de por medio y eso me exasperó. Después de pasar una noche en la posada, reanudé mi huída lo más ligero que pude, casi ciego en mi intención. Nunca soporté ese afán suyo por superarme a toda costa, imitando rigurosamente todos mis actos hasta el punto del menosprecio.

Ya en la infancia, la rivalidad entre nosotros fue extrema. Pronto pareció desarrollar una irrefrenable voluntad por mi vilipendio. Cualquier cosa que yo me propusiera llevar a cabo, se convertía en un reto obsesivo para él. En esta ocasión no podía permitirselo. Corrí con celo, tratando de invocar a la Fortuna, que aparentaba desviar sus ojos de mi camino. Y aunque sorteé con asombro el laberinto al que me precipitaba, terminé con mis huesos en la cárcel. Aún oigo sus risas en mi cabeza. Tres días de castigo por un tropiezo; era injusto. Cuando conseguí salir de aquel lugar pensé que no podía caer más bajo. Sin embargo, de nuevo, me equivoqué. Una mala jugada despedazó mi propósito. Me tocaba volver a empezar, de cero, como un exiliado a quien hubiesen expropiado su vida.

De pronto comprendí que mi carrera estaba perdida. Todo por lo que había luchado, todo el tiempo invertido se despedía de mí en la distancia. Sus burlas, no obstante, me acompañarían allá donde fuese. Jamás podría superar otra derrota igual, así que lancé el tablero al suelo y que se metiera La oca por donde le cupiese.

Luis Javier Pinar Peñagaritano

Ondulaciones suaves, páramos desolados. Llanuras infinitas habitadas por pastores solitarios. Presencias invisibles velando las kubbas abandonadas, figuras encorvadas ocultándose entre los muros ruinosos de una Kasbah. Griterío constante y plañidero. Aduares ocres junto al lecho seco de un oued.

En algún lugar entre Meknés y Rissani, en medio de la noche, la voz de Mohamed Abdel Wahab resuena como una plegaria. Te parece haber pasado incontables veces por la misma estación de autobuses en la que el mismo ciego mendiga entre los asientos y el mismo lazarillo ofrece agua fresca y cacahuètes a los viajeros somnolientos.

El recuerdo de los años pasados se desvanece como un sueño interrumpido por los primeros rayos del sol. Mirando por la ventanilla los aduares de barro, te empieza a obsesionar la idea de la inutilidad del viaje emprendido.

De cuando en cuando, el autobús para inesperadamente y alguien se aleja, con sus bultos a cuestas, hacia el horizonte que esconde su aldea.

~

Llegar a una plaza polvorienta de la última ciudad del oasis. Seguir un camino al azar que se aleja de la ciudad hasta donde no hay nada a tu alrededor, ni un sombrero donde cobijarse del sol.

Un muro descomunal, del color del desierto, cobija un pueblo.

Cruzando la única puerta, un enjambre de niños juega en el polvo. Una voz lastimera, de almuédano, les convoca a uno de los túneles que perfora la kasbah. La figura centenaria reparte una hogaza que los niños reciben en comunión antes de reanudar sus juegos.

Saber que en este punto comienza, necesariamente, el regreso.

Rubén Pérez Fernández



## EL 69

Ese mañana todo cuadraba. Había un sol radiante y no me faltaron motivos para aventurarme a complacer mis deseos del momento. Sin dudarlo fui directa al tema. Me lancé en picado hacia el placer que producía en mí su olor, su textura, su frescura, su sabor...

Nada más verlo supe que era para mí. Ese día yo sería la reina de mi fiesta, No había ser humano que se resistiera a tanta belleza, a esas formas, a su esencia.

Recordé cuando lo tuve cerca por última vez y la boca se me humedeció, me relamía solo de pensarlo.

De repente llegó mi hora. ¡Al fin! Ya no tenía que esperar más, estaba nerviosa, en tan solo unos minutos sería mío. Sin más dilaciones,,,,,, el 69. Sí, lo tengo yo. Póngame ese rodaballo, por favor.

**Cristina Pérez Bureba**

## TIC-TAC

Bajo la tenue luz de la lámpara, en la mesita de noche se consumía un pitillo. Junto a él, un vaso de güisqui y un periódico sobre el que reposaban unas gafas de lectura. La luna se mostraba sigilosa a través de la ventana, jugueteando con los pliegues de los visillos en una danza multicolor en claro contraste con el negro nocturno. Crecía, como la noche, que entrada ya transitaba parsimoniosa hacia el amanecer. La estancia olía a tabaco, a desazón y a insomnio, a sueños imposibles y a rutinarios despertares. Era invierno, y en la calle helaba. El silencio, roto solo por el tictac del despertador, se adueñaba del instante.

Le dio la última calada al pitillo y apuró el güisqui, que aún conservaba el hielo agonizando en el fondo del vaso. Separó el edredón que cubría la cama y se metió entre las sábanas. En la mano diestra sostenía lo que parecía una carta, manuscrita, con letra clara y renglones rectos. Estaba datada un día cualquiera, de un mes cualquiera de un año cualquiera, según rezaba en el encabezado. Se incorporó. Colocó la almohada tras su espalda y se dispuso a leerla. El tictac iba in crescendo, como si el despertador quisiera estar presente en el descubrimiento del contenido de aquella misiva. Encendió otro cigarrillo y se sirvió otro güisqui, con cuatro cubitos de hielo, como acostumbraba. Interrumpió la lectura, suspiró y se levantó de la cama. Abrió la ventana y oyó el maullido de un gato perdido en la oscuridad. El frío se dejaba sentir. Cesó el maullido pero no el tictac, más agudo ahora, más sobrecogedor, como el silencio. En la calle seguía helando y la luna desaparecía y aparecía mientras la noche se hacía más noche.

Como si hubiera sido escrita con tinta evanescente, la carta apenas contenía unas pocas palabras... casi ilegibles. Parecía una breve cita producto de un mal sueño, un jeroglífico inconcluso derramado sobre el papel. Ni un convencional saludo prologaba el misterioso escrito. A pie de página, y a modo de epitafio, podía leerse: "Tuya que lo es, SOLEDAD".

Tictac, tictac, tictac...

Tomás Martín Martín

## SECUENCIA

Unas gafas de carey sobre la mesa, su cordón serpenteante. Un libro al lado: “Las verdades vitales”. Un diccionario abierto por la página eut. en la que se podía leer –entre otros vocablos- eutanasia, y una obertura de J.S. Bach, con poco volumen, ambientaba el espacio. Apenas le dio tiempo a abandonarse en el tiempo.....

Su retorno a la consciencia no fue apaciblemente gradual: la estridencia reiterada de un claxon, que un camión de reparto hizo sonar al ver su paso estrangulado por un Renault Alpine mal estacionado, le hizo abandonar el mundo onírico en el que se hallaba.

A decir verdad, Claudio lamentó, por partida doble, esta manera de despertar. Sin duda, era más atractivo el sueño que le envolvía, aún no olvidado, que la lectura inoportuna del libro que se lo procuró.

Ángel Pérez Mota

## MIL NOVECIENTOS TREINTA Y SIETE (1937)

Un ruido ensordecedor aceleraba las manos de la artesana, que ansiosa cantaba una canción para aliviar su pena. Apenas se le entendía, su voz se entrecortaba en mil suspiros, y frente a ella la estatua gigante que modelaba.

Los disparos y estruendos despedazaron los cristales de las ventanas entrando una mezcla de olor a pólvora, sangra y a entrañas de la tierra entresacada.

Nerviosa, provocada por su angustia, aceleraba su ritmo sin parar; movía las manos, rodaba el torno, pisaba, desaceleraba, volvía a embadurnarse de barro y arcilla, modelaba, cantaba, se levantaba, se volvía a parar y gritaba ¡¡basta ya!!, ¡¡basta ya!!

Pegote a pegote, emplaste a emplaste seguía modelando su estatua gigante; tenía un tenue color rojizo, pero intenso por la humedad de la arcilla y el barro. Sus manos le bastaban para seguir dando forma al gigante, sus finos y fuertes dedos dibujaban las arrugas de los bolsillos del pantalón; el rostro lo perfeccionaba con suaves toques hacia la nuca; los ojos quiso dejarlos cerrados, la boca entreabierto, y los brazos cruzados escondiendo las manos, nunca se le dio bien darlos forma.

Unos gritos desgarradores de auxilio y lamentos torturaban aún más la mente de aquella mujer, quedaba clara la barbarie. Sangre, sudor, tierra, pólvora, madera, fuego, humo, poder, dejaban entrever unos botones dorados en unas casacas.

Una prisa exhaustiva corría por las manos de la artesana. Ya casi concluida su obra, pensó en ponerle unas gafas, le daría más naturalidad a su estatua gigante. Un grupo con botones dorados en sus casacas rompieron a entrar, miraban, gritaban y buscaban ¡quién sabe qué...! Apagaron el fuego, rompieron el torno, abrieron armarios, destrozaron todo lo que tenían a su alcance, bebieron y comieron lo que encontraron, y no hartos para engrandecer su poder, golpearon a la mujer, dejándola malherida abrazada a su obra.

Cuenta la historia que después de muchos años, en esa Memoria Histórica, se encontraron dos cuerpos; eran los huesos de la artesana abrazada a los huesos de un gigante.

Blanca Vicario García

## LAS MANECILLAS

De manera inexorable, sin darnos cuenta, nos van determinando el comienzo, el ahora, el durante, el final. Aparentemente parecen estáticas, más aún cuando se encuentran, pudiera decirse que son una sola. Son encuentros fugaces, constantes y bien marcados, así como sus diferentes ritmos. Una de ellas siempre se va alejando pausadamente, en una nueva búsqueda hacia la que abandona, es un recorrido interminable. Un soniquete apenas audible, que nos puede infundir desde sosiego a inquietud, las acompaña. En determinados momentos requieren nuestra atención, como queriendo demostrarnos su movilidad. Dónde se encuentran en su incesante itinerario, en ese preciso instante. Incluso, recurren a un cierto tañido que con frecuencia nos sobresalta. Una vez más, nos señalan el momento, cuanto ha pasado o cuanto queda por pasar. Como ahora mismo, con un sonido grave, se han vuelto a encontrar. ¡Tan, tan, tan...!

Son las doce.

Ángel Rubio Pastor

## ABUELO

Por fin conocía a mi abuelo, tenía a mi abuelo conmigo. Si me viera Juan, pensaba yo. Juan, ya de niño apuntaba maneras de fanfarrón, que si me voy de pesca con mi abuelo, que si mi abuelo me arregla el pinchazo de la bici, que si mi abuelo me compra los cromos de “vida y color”. Yo iba a pescar solo, no tenía bici y nadie me compraba cromos, pero lo peor de todo es que no tenía abuelo.

Pero hoy era distinto, te sentía junto a mí, como sentía la mirada de la abuela, esa mirada de rabia y tristeza que ponía cada vez que yo preguntaba por ti.

Pero ahora ella no estaba, ahora que estabas tú, ella nos había dejado.

Te apreté contra mi pecho, y sentí dolor, solo te solté cuando retiraron la bandera tricolor que te cubría, tu bandera, la bandera por la que nos dejaste, por la que yo crecí sin abuelo. Y vi cómo volvías con los tuyos, a los que nunca abandonaste y apreté tu bandera contra mi cara a la vez que oía tu nombre entre tantos nombres...

Celina Vázquez Fernández





OPINION

**colaboran**

LIBRERÍA  
 del  
Burgo

 ALFAR LIBROS

**LIBRERÍA IGLESIAS**

**Librería Iglesias**